

MISTERIO DE MI

Este modo de ser, sin parecido.

Esta severidad para conmigo.

Esta cruel rectitud a que me ligo.

Este no perdonar lo cometido.

¿Lo cometido dije? No he sabido

expresar mi pensar, pues me castigo

por lo que pienso sólo y nunca digo.

Sólo por lo ideado y no vivido.

Y este modo de ser, tan sin pareja,

que me obliga a mí mismo y ante mí

tan fuerte que me tiene maniatado,

¿por qué disculpa a los demás y deja

que comprenda lo que, ¡ay!, no comprendí

cuando me hube a mí mismo yo juzgado?

CASTULO CARRASCO

DE OTRO TIEMPO

Una feria de San Juan



DE pronto un silbido largo y en seguida el estrépito del tren tableteando sobre el puente de hierro.

—El Gévora—, anunció don Antonio.

Se levantó un revuelo de viajeros en la ansiedad de la llegada, y todo el ámbito del vagón de primera clase pareció estrujarse en un temblor de estrías encendidas en el bochorno rojizo del sol poniente de Junio... Otro silbido breve, nervioso, y el tren enfila la amplia curva de railes deslumbrantes como relejes de acero que, a través de la vega del Guadiana—fresca de aromas nuevos y riego de acequias—conduce al disco y a la boca tenebrosa de la trinchera del «puente de palo».

—Ya se ve Badajoz—murmura don Antonio con un brillo de gozo en los ojos. No, hija mía, por ahí no. Al otro lado.

María Victoria se había puesto de pie ante la ventanilla abierta. Un golpe de viento cargado de humos, de aromas de huertos y jardines y de olor ancho y gustoso de parvas recién trilladas, le arrebató la blonda cabellera en un incendio de oro; y el fino tafetán de su bata le ceñía las formas armoniosas de su espléndida escultura viva de adolescente. Se estiró en un esguince imperceptible, como para desentumecerse de la forzada quietud del viaje, y se le alzaba el busto, rítmico y entonado, en un suspiro de alivio.

—¿Aquello qué es, papá?..

—Las instalaciones de la Granja Agrícola, una granja modelo en España—contesta don Antonio, que se había levantado y miraba por sobre los hombros de María Victoria.

—Y aquello unas fábricas modernas, movidas a turbina, añadió el padre.

El espacio se empapa lentamente en la luz trémula y empurpurada del crepúsculo, y en ella van diluyendo sus contornos las filas de moreras y frutales, los setos de maíz o de cañas, los oscuros tapiales de tierra y adobes y los verdes cuadros de huerta que sorbían la delicia del riego. Y mientras el tren va ralentando su marcha fatigada, los ojos de María Victoria, de un azul profundo y alegre, recogen ávidos el panorama con un júbilo ensimismado de niña que acabara de despertarse...

—¡Badajoz!—exclama María Victoria—; parece dormida, con la cabeza descansando en esa altura... —¿No es aquello un castillo?—inquirió curiosa.

—Hoy es un castillo—asintió don Antonio—En otro tiempo fué la Alcazaba, donde hubo suntuosos palacios y dos grandes mezquitas cuando la ciudad señoreó todo el reino árabe del Algarbe...

Y don Antonio, gran catador de caldos y caballos jerezanos, de toros y de la belleza melancólica que se oculta bajo los escombros del tiempo y de la historia, se embaló en una carrera de evocaciones sabrosas.

—¿Y aquella torrecita tan rota que tiene un gran ojo carcomido?— preguntó María Victoria.

—Es la llamada de «Espanta perros». Fué un alminar junto a la mezquita. Y la edificó Sapor, el persa aventurero que comenzó en esclavo y fundó una de las dinastías más gloriosas... Recordó luego don Antonio a Mohamed Almodafar que, siendo monarca virtuoso y amante del estudio, hizo comprarse en Córdoba dos bailarinas para significar a Almotadid de Sevilla. su enemigo—que había comprado una cantadora— que estaba muy tranquilo y no le tenía miedo alguno.

—¡Qué simpático!— dijo María Victoria, ahogándose en una risa cristalina. Y con los ojos muy abiertos contemplaba la muralla dentada que se desliza, geométrica, por la ladera, como una sierpe que buscase la frescura del río.

Un vaho caliginoso, teñido de violeta pálido, se va levantando de la ciudad y se queda en lo alto perezosamente. —Y aquellas cúpulas— prosiguió don Antonio—, aquellas cúpulas son de antiguos conventos franciscanos y, sobre todas las alturas, ya ves cómo se alza, esbelta y valiente, la torre prismática de la Catedral, con sus finas almenas vigilantes y los ojos de su campanil oteando el extenso contorno de la vega... Fíjate cómo empiezan a brillar los innumerables farolitos de aceite que esta noche de San Juan, patrón de la ciudad y del templo, cuelgan bajo las campanas, a lo largo de las cornisas altas.

Un desagradable balanceo entre un fragor horrísono de cadenas y ludir de hierros apretados anuncia el término del viaje. En un momento el andén se llena de viajeros, de amigos y familiares y de bultos de las más extrañas cataduras. Apareció, buscando con la mirada, Manuel, el mayoral de los toros. De pronto avanzó, sombrero en mano. Traía atuendo característico del campo andaluz; zahones de bordadura jerezana y guayabera de botones grandes. Saludó gentilmente:

—¡Güenas, señorita, don Antonio! ¿Y cómo ha sido el viaje?

—¡Hola, Manuel!— y María Victoria le sonrió con afecto antiguo. —Un poco largo, pero muy agradable. Ya sabes que con papá se va encantada a todas partes.

—¿Y el ganado?— preguntó don Antonio.

—¿Pues el ganado llegará a las once, poco más o menos... Se puso el sombrero y añadió:

—Yo me he adelantado pa prevenile el acomodo.—Hizo una pausa larga.—He traído el coche con las mulas tordas pa llevarlos a ustés a Badajoz.

II

Sonó a lo lejos un clamor grave y temeroso, como de sirena de barco que pide práctico. Era el último «comboio»; el mixto de Torres que llegaba repleto hasta los topes.

Afluía sobre la puerta de Palmas y el Campo de la Cruz, barrio de gitanos y contrabandistas, una muchedumbre abigarrada y pintoresca. Apareció, bamboleándose siniestramente sobre los guijos del arroyo tras de unas mulas cansadas y espantadizas la «galera» de Elvas. Bajo su toldo achaparrado, como de paso procesional, se balanceaba un farolón enorme, que vertía su luz melancólica, y también su aceite, sobre aquella masa de infelices excursionistas, sudada y mugrienta.

Calles de Prim y de la Rebolla, arriba eran un hervidero de trajes policromos. «Calzas» inverosímilmente ajustadas. «chapeus muito compridos», faldas rozagantes y pañolones «alemtejanos» de gayo colorido. Y el rumor callejero se empasta dulcemente con acentos mimosos y expresivos de la lengua de Camoens.

En las cuatro esquinas de Santo Domingo un grupo de lusitanos, gente distinguida de sombrero de paja y algún que otro monóculo, gritaba entusiasta con la esperanza ilusionada de las dos tardes próximas: —¡Viva o Rafael Gómez!... ¡Viva o Galho Grandel!..

III

Después de ligero refrigerio, tras el baño confortante, María Victoria y su padre salieron a dar una vuelta por el «Real». Y así, pasaron por la Memoria de Menacho, llena de puestos de juguetería, de «vistas» y «atracciones» extravagantes, para bajar por junto al sombrío paseo de las Viudas hasta San Francisco, donde brillaban, en una aurora toda blanca, los grandes arcos voltaicos. En el kiosco la banda del regimiento de Gravelinas, bajo la experta batuta de un ilustre músico, desgranaba las soñadoras frases de «Quand l'amour meurt», el vals de moda en toda Europa.

Subieron por la calle del Obispo, bajo el túnel luminoso que ponía todos los años el Ayuntamiento, a la plaza de San Juan. Junto a la «punta del diamante» se sentaron a uno de los veladores del famoso aguaducho de «Pepe». Todavía, a breves intervalos, bajaba de la torre el alegre repique de San Juan y el aire impregnado de la frescura de los jardincillos y el rumor de las fuentes, se alteraba en un agradable jugueteo.

—Verás qué rico este limón del tiempo... Tiene fama— afirmó don Antonio.

—¿Dices que va a venir Rafael, papá?— preguntó María Victoria.

—Claro que vendrá.—Y don Antonio sorbió con avidez su limón del tiempo.—Y alguien más—añadió— otro gitano, hombre rico y notable en la ciudad. Se ha hecho empresa de los caballos y tenemos que hablar esta misma noche.

Al cabo de unos minutos de silencio en la contemplación de la animada plaza envuelta en la calma de la noche azul y perezosa de estío, exclama don Antonio levantándose: Mira, allí viene Rafael...

Se saludaron. Con una gracia natural de cortesía no aprendida cumplimentó el torero a María Victoria, destocándose lentamente: —¡Señorita!—Y luego a don Antonio: —¿Y cómo se ha atrevido uste,

querido don Antonio, a traése p'acá esta joya sin pedí permiso a Seviya?

—Hombre, porque es mía y nada más—contestó don Antonio riendo.— Ahí llega Santiago—añadió.

Santiago era uno de los gitanos más estimados en la ciudad, así por su situación, más que desahogada, como por su caballerosidad, casi orgullosa, y su inteligencia en los tratos. Venía con su hija Rosario. Era una gitana esbelta, elástica, una gitana rubia de ojos rasgados cuyas pupilas verdes irradiaban una luz extraña, a veces fría como la hoja de una espada, a veces apasionada y dominadora.

Se cruzaron saludos y presentaciones. La gitana rubia miraba con fijeza a Rafael. Alguna vez éste cambió de color... Sentáronse todos en torno al velador y se habló largamente de toros, de caballos, de ganancias y pérdidas. Al despedirse propuso el gitano de los caballos:

—Y dende luego, mañana po la noche despué de la corría, en el emparrao e mi casa, vamo, en er patio, tendremos una mejiya e carne y copeo. Estará er «tordo» de cantaoor y er guitarrista Roque y una porsión de amigo. No fatará usté, ¿verdá, don Antonio?; y tampoco la señorita. En mi casa tó e mu desente...

Ya de pie Rosario miró al torero. Le tendió su mano, larga y aristocrática:—Usté, Rafaé, sí que no me fatará...Y lo envolvió en la luz fría de sus ojos verdes.

IV

...Y luego la banda inicia los compases solemnes y toreros del paso-doble del «Gallo», el mejor pasodoble conocido. Y Rafael tiene que dar nueva vez vuelta al ruedo saludando a la muchedumbre hipnotizada. En el círculo azul que la plaza recorta sobre el cielo hay un revoloteo casto y brillante de mariposas blancas...Suenan el clarín. Aparece el cuarto toro, lento, bien puesto de cuerna, negro, de un negro luminoso de seda.

Rafael lo recibe con seis verónicas exactas, alegres. Luego un cambio de rodillas, que le salió embarullado. La multitud guarda silencio. Rafael se queda mirando al toro. Despliega el capote; da un paso lleno de desconfianza. Hay un temblor extraño en sus manos. De pronto, arroja el trapo y se lanza despavorido al amparo del callejón... ¡La espantá!.. La clásica espantá... El toro lo mira con un resoplido casi burlesco, y se vuelve a la querencia de un caballo agonizante. La bronca es épica.

Pero Rafael ha oído una voz que le sacude como una descarga eléctrica. Mira a la barrera. Por encima de su cabeza está Rosario, la gitana de los ojos verdes... Y el artista se transfigura. Se tira a la arena. Todavía es el tercio de varas... Ante los picadores hace quites de todas las marcas con arranque de alucinado: a la media verónica, largas, a punta de capote, a capote plegado al brazo, por las afueras... A la salida de un quite, ejecutado materialmente con el cuerpo, recoge el sombrero de un espectador y se lo pone al toro entre los cuernos. Luego, va a brindar a María Victoria un par de:



ALBUM EXTREMEÑO.—Plasencia.—Casa llamada del Deán. (Siglo XVI)

banderillas. Las clava al quiebro, rápido, como una exalación y la plaza toda delira de entusiasmo.

Tocaron a muerte. Rafael, que se había llevado al toro frente a la barrera de Rosario, se lo brinda. Rosario le sonríe y le lanza un objeto, que Rafael recoge y contempla. Es una pequeña cartera.

El diestro despliega la muleta en la misma cara del toro y se pone a dar una lección. Con un pequeño movimiento del brazo izquierdo se libra del embroque. Pases de todas las marcas: templados, insuperables de dominio y de gracia; se revuelve la fiera como la punta de una tralla. Es un toreo exacto, de cintura arriba; inmóviles, clavadas las extremidades. Perfilado en el centro, se arranca con una estocada monumental que pincha en hueso. Se encorajina. Con el toro humillado se tira al volapié. El toro cae redondo, fulminado. Y el maestro, con su calva incipiente dorada de un sol glorioso, se yergue triunfador y magnífico.

V

A las once de la mañana los alrededores del hotel «La Favorita» estaban llenos de entusiastas y de curiosos. Hubo portugués que pernoctó sobre el acerado para contemplar de cerca al diestro, cuando saliera, y ofrecerle un abanico, a la vez que «le apresentationes».

Iba Rafael por el medio de la calle, entre la muchedumbre de admiradores, destocado el sombrero cordobés, luciendo la calva prematura, reposado y solemne, como un procónsul romano al entrar en la ciudad de su mando. Cuando subía por la calle del Obispo, Santiago, el gitano de los caballos, lo abordó:

—Paese mentira, Rafaé, que t'aigas portao de esa manera. Toa la noche esperándote, y ná... Don Antonio s'ha disgustao. Y sobre to, mi Rosarillo, la probe, que estaba encaprichá en verte...

El Gallo le atajó:—Mira, Santiago, te ví a desí una cosa. Yo no podía ir a esa reunión porque... (hizo una pausa) porque... la verdad, le tengo miedo a tu hija, a esos ojos verdes que me desconsiertan y me dominan... Ya vé lo que hise ayer con aquer toro;... fueron los ojos de tu hija que me lo mandaban.

Luego sacó una carterita y extrajo de ella una medalla de oro:—Vé tú lo que es esto? Y la besó por ambas caras.—Toma—prosiguió—; se la va a llevá a tu hija y 'e dise que he besao a la Virgen de la Soleá, a la patrona, a la que ella besa también.

ELOY SORIANO. Pbro.

